

EL SISTEMA CARCELARIO EN EL PENAL DE VILLA GORRITI, PROVINCIA DE JUJUY 1975-1977

1. La cárcel del Buen Pastor

Joko, Martina Chávez

A todos los compañeros desaparecidos de Jujuy, y porque sus ideales y los nuestros están siempre y más que nunca presentes.

A las compañeras Dominga Álvarez, Alicia Ranzoni, Juana Torres y Marina Vilte,¹ que vi con vida en el Penal de Villa Gorriti y que en una de esas incesantes « comisiones » hicieron desaparecer.

A mis compañeras sobrevivientes como yo, Gladis Artunduaga, Dora Weisz, Sara Murad, Mercedes Zalazar, con las que compartí momentos de dolor, pero también sueños de un otro amanecer. A todos los compañeros desaparecidos de Argentina.

Aclaraciones

A lo largo de este relato se planteó un problema relacionado con la memoria, mi propia memoria. El encierro que padecí en aquella época dejó sus secuelas y me fue imposible traducir en fechas eventos de gran importancia como lo que fueron nuestros traslados sucesivos o hechos cotidianos del encierro. La parte sobre mi detención no integra este testimonio; es parte de otro capítulo, que estoy redactando. Cuando llegué al exilio asumí mi responsabilidad de presa política, de militante y di mi testimonio. Hoy me doy cuenta de que lo hice como si se hubiera tratado de otra persona y no de mí, para evitar el sufrimiento, ya que se trataba de la urgencia de salvar vidas. Al escribir hoy de nuevo este texto me doy cuenta de que lo hice con mucho sufrimiento. Esto va dedicado a todas en nombre de lo que compartimos y seguimos compartiendo a pesar de la distancia y del tiempo transcurrido.

Me detienen el 16 de marzo de 1975, pero no estoy segura de la fecha ya que pasé por varias idas y venidas de una cárcel a la otra: Gendarmería de Ledesma, Policía de San Pedro, Departamento Central de Policía de San Salvador de Jujuy, para los interrogatorios. Al final me trasladan a la cárcel del Buen Pastor, entre el 22 y el 25 de marzo. Ésta está situada casi en pleno centro de la capital de San Salvador de Jujuy. Cuando llego detenida ya se encontraban allí varias

¹ Marina Vilte, es una reconocida sindicalista del gremio de CETERA, es liberada y la hacen desaparecer meses mas tarde.

compañeras, entre ellas: Sara Murad, Gladis Artunduaga, Dora Rebecchi de Weisz, Soledad López, Mercedes Zalazar, Ninfa Hochkofler y llegará más tarde Ana María Martínez. Compartíamos esa cárcel con las presas sociales², con las cuales llegamos a tejer una buena relación de convivencia. Además de decirles que las monjas abusaban de ellas, ya que las explotaban, haciéndolas trabajar desde las 6 de la mañana hasta tarde en la noche. Nunca supe quién sacaba provecho de esa situación. Seguramente los mismos que habían ordenado nuestra detención.

En cuanto a nosotras, estábamos de a tres o cuatro por celda, todo impecablemente ordenado para que supiéramos que estábamos allí, para transformarnos en señoritas huecas y sin consistencia alguna. En el país no habían habilitado aún los lugares tristemente célebres como las cárceles de máxima seguridad, o los lugares secretos de detención, en lo que se transformará la cárcel de Villa Gorriti, de la cual se sacaba gente para ser torturada y fusilada.

En efecto, en Jujuy se llamaron Penal de Villa Gorriti, Guerrero, y últimamente otros lugares, que quedan por identificar, como el recientemente citado por Nérida Fidalgo.

Y la revelación de la existencia de un lugar que habría funcionado como centro clandestino de detención, "Puesto Mendoza", y que no había sido denunciado nunca antes, lo cual abre una importante línea de investigación en la causa.³

El régimen interno de la cárcel del Buen Pastor se asemejaba bastante en algunos aspectos al de las presas sociales, con la diferencia de que las monjas debían enviar periódicamente informes sobre nuestra conducta, y ellas asumían bien esta función. Por otro lado las presas comunes estaban sometidas al trabajo forzado, la mayoría de ellas no llegaba a los veinticinco años, y eran hijas del proletariado agrícola en dependencia con las fincas de los grandes terratenientes del lugar y de la Puna abandonada de Argentina.

De manera espontánea, sin ningún tipo de estructura organizacional, con sólo la simple intuición de sobrevivencia heredada de nuestra cultura ancestral de nuestros pueblos originarios, se implementó un sistema de resistencia por la vida.

Tramitamos algunas mejoras con la convicción de que debíamos, primero, romper el aislamiento que ya había impuesto el régimen y,

² Elegí esta forma para referirme a ellas ya que considero que son el fruto de las injusticias sociales en nuestro país. Presa común me suena peyorativo.

³ María Inés Zigarán, Nadie olvida nada Revista de memorias Año I · Número 1 San Salvador de Jujuy, junio de 2004.

segundo, mejorar nuestra condición de vida en el interior de la cárcel, reclamando más cantidad de comida, ya que no era suficiente. También pedimos autorización para realizar alguna actividad manual para no olvidarnos de que aún éramos seres humanos, enjaulados pero vivos. Como la coyuntura aún se prestaba para eso pedimos un diario, que nos otorgaron: Pregón. Es un diario local que responde, según el momento político, a los diferentes gobiernos de turno. Es decir, a la oligarquía terrateniente del lugar. Pero nos daba una idea de lo que pasaba en el país. También pedimos que nos dejaran ver televisión, aunque sabíamos que su contenido no iba a subvertir el orden establecido. Las que podían solían tener visitas, algunas encomiendas y ropa. No recuerdo que tuviéramos uniformes. Poco a poco las monjas acceden a darnos lo que reclamábamos.

En el Buen Pastor se encontraban compañeras que eran maestras, y sus sindicatos nos hacían llegar paquetes con alguna que otra cosa que ayudaba a mejorar nuestra vida cotidiana.

Solíamos tener recreos en las mañanas, lavar nuestra ropa. Una persona del exterior iba a enseñarnos costura o tejido, ya que de allí debíamos salir listas para saber ocuparnos de una casa y no de política. Ésta era la política, a grandes rasgos, instaurada en la cárcel del Buen Pastor. Allí permanecemos seis a siete meses, más o menos. Fue durante este periodo, en 1975, que Dora Weisz y su esposo conciben a Poti, como producto de un régimen carcelario similar al de los presos sociales. Se contemplaba la visita de la esposa al detenido. Poti-Martina, así la llamaron, nacería en octubre de ese año.

1.1. El traslado al Penal de villa Gorriti

En noviembre de 1975 las presas políticas somos concentradas en lugares considerados de máxima seguridad. La cárcel de Villa Gorriti fue parte de este proyecto. Un día las fuerzas militares de represión van a buscarnos. Con gran despliegue irrumpen, violentamente, en la cárcel del Buen Pastor, vociferando, gritando, amenazando, con un lenguaje bélico digno de la Escuela de las Américas⁴, sin darnos tiempo a ninguna reacción. Los gritos continuaban dando órdenes: las guerrilleras por aquí y las presas comunes por allá. A las presas sociales las encierran en la sala que nos servía de comedor, para evitar que vieran lo que estaba pasando.

Detrás de los vidrios veo a las presas sociales llorando. Me acuerdo sobre todo de Guillermina, a quien quiero rendirle homenaje, ya que el afecto que compartimos en aquel encierro me ayudó a soportar la

⁴ Centro de instrucción militar para toda América, bajo comando de Estados Unidos.

soledad, porque me sentía terriblemente sola en los primeros tiempos, sola frente a la adversidad, porque sospechaba que mis padres no iban a poder hacer nada, los sabía resignados, cansados, y fundamentalmente cortados de este sistema que los había excluido para siempre de sus culturas basadas en el respeto a su tierra, que la oligarquía terrateniente había consumido con tanta voracidad. CHÁVEZ M 1996: p 75.

Una a una fuimos subiendo a nuestras celdas para preparar nuestras pertenencias, las que aún podían ser rescatadas del ciclón, lo poco que nos quedaba de nuestra identidad como personas. Nos aferramos así a objetos inverosímiles, queriendo transformarlos frente a la incertidumbre en que nos habían sumergido. Todo tenía su valor, las muñecas patas largas que habíamos realizado con tanto amor, y cualquier objeto al cual nos habíamos aferrado para seguir conectadas a la vida. Toda nuestra existencia se limitaba a esos objetos inertes que recobraban vida en aquellas circunstancias. Los cargamos con nosotras hacia un destino incierto. El operativo duró entre 10 y 15 minutos.

Nos ordenan ir hacia el patio por una puerta trasera, nos hacen salir en fila y de a una, no salimos por la puerta principal, nos suben una a una al furgón militar, que disponía de calabozos individuales. Antes de subir una de las compañeras le pide a la monja superiora que nos dijera cuál iba a ser nuestro destino. Lo único que obtuvimos como respuesta fue el beneplácito de ésta hacia los militares. Nuestro pedido a las monjas fue en vano. Luego de algunas vueltas llegamos a la Cárcel de Villa Gorriti, que es una cárcel para hombres de derecho común. Habían habilitado una parte, para los presos políticos hombres y mujeres. Los militares habían desocupado toda un ala de este penal para concentrar a los presos políticos... Somos transferidas al sector reservado a las mujeres, nos encontramos separadas, de a una por celda, las ventanas completamente cerradas con tablas de madera y clavadas. Parejo R 1996: 188. A partir de ahora nuestra condición de seres humanos iba a cambiar definitivamente, y también mi percepción sobre el ser humano y sobre el valor de la vida. Al llegar al penal pasamos de nuevo a requisa y a control de identidad, que ya era una rutina, como si no hubiera sido suficiente estar en sus manos. Allí también empiezan las conjeturas sobre la causa de este traslado. Ninguna de nosotras imaginábamos que esto era sólo el principio del fin para muchos de nosotros-as.

Mientras estuvimos en el Buen Pastor supimos que 26 compañeras de Córdoba se habían fugado, y pensábamos que por eso nos trasladaban. También nos enteramos de los fusilamientos, el de Salta en Palomitas, el del Chaco en Margarita Belén, aplicando la «ley de

fuga», que consistía en hacer creer a la opinión pública que el preso político quería fugarse y que grupos armados se enfrentaban para rescatarlos y por lo tanto había enfrentamientos. En mi profundo interior pensé que podríamos correr la misma suerte. [En todas las cárceles de Argentina los puntos culminantes estuvieron por los asesinatos ocurridos en las cárceles de Córdoba, mas de treinta detenidos en el lapso de seis meses, Resistencia veinticuatro detenidos sacados del penal y asesinados en Margarita Belén en el transcurso de cuarenta días, y La Plata nueve detenidos en distintas ocasiones, para citar solo los casos de mayor represión.] Estas noticias aumentaban en nosotras el sentimiento de inseguridad y desamparo.

1.1.1. Sistema altamente militarizado y basado en el terror

Al llegar al penal de Villa Gorriti la mayoría estaba sin causa ni proceso judicial, sólo a disposición del PEN, Poder Ejecutivo Nacional, por seguridad del Estado.

La primera medida de los militares será la de mantenernos en el aislamiento y en una total incomunicación. En efecto, con la implementación del golpe militar, el 24 de marzo de 1976, el objetivo primordial será el de instaurar un sistema basado en el terror, con el objetivo de aniquilar física y mentalmente a los prisioneros-as políticos-as, haciendo reinar el terror entre los que hasta ese momento habíamos sobrevivido. El personal penitenciario estaba constituido por empleados reclutados en el seno del servicio penitenciario y en gendarmería. El servicio de inteligencia provenía del seno de los oficiales de los servicios federales. Todos los sectores de seguridad estaban al servicio de la represión y participaron del proyecto militar.

Sistema de aislamiento: Este régimen de máxima peligrosidad consistió en poner en práctica una política de aislamiento absoluto, incomunicación del exterior y del interior de la cárcel entre nosotras-as: se estaba preparando el golpe militar. Serán suspendidos los recreos diarios, las visitas de familiares, la correspondencia. Se prohíbe la entrada de diarios, libros y cualquier otro elemento que nos ayude a soportar el aislamiento y comprender lo que se estaba preparando. Se prohíbe todo contacto entre nosotras, toda función social relacionada con la vida: hablar, reír, cantar, escribir, compartir un mate, gritar, llorar, la higiene y aseo personal. Se prohíbe toda actividad manual. Constantemente nos decían: están vivas pero saldrán locas de aquí. Una guardia, los primeros días de nuestra llegada al penal de Villa Gorriti, nos daba recreos, para que pudiéramos charlar, en el pequeño patio, pero este «privilegio» fue de corta duración. A veces nos sacaban por una hora, y nos distribuían en los extremos del patio sin permitirnos hablar.

Una política basada en el terror y en la destrucción psíquica y física: en el interior de la cárcel reinaba un sistema de inseguridad permanente a causa de las requisas y allanamientos sorpresa, que tenían el objetivo de quebrarnos en tanto grupo social de opositores políticos. Apenas llegamos las autoridades del penal nos dijeron: A partir de ahora nosotros no les garantizamos más la integridad física: quedan a disposición de las autoridades militares⁵. Además de sacar compañeros para ser fusilados fue aplicado todo tipo de torturas psíquicas, privaciones de alimentos y de higiene, y existió una absoluta desatención médica. Esto se aplicó constantemente. Sólo algunas guardias, con las que llegamos a establecer una relación más humana, nos daban la posibilidad de juntarnos y hablar de vez en cuando, y con el miedo de que ese «privilegio» se perdiera hasta llegamos a proteger a esas celadoras. Cuando escuchábamos los ruidos metálicos nos encerrábamos, sacábamos el brazo por la parte superior de la puerta, que tenía rejas, y poníamos el candado. Nuestros brazos se habían alargado. De alguna manera nos beneficiamos de la ignorancia del personal penitenciario que no entendía lo que realmente representaba el proyecto militar.

Un sistema de inseguridad permanente : la calma aparente y ordenada que había reinado en la cárcel del Buen Pastor en Villa Gorriti fue remplazada por los ruidos metálicos de la rejas, de los candados, las idas y venidas incesantes de las botas. A los pocos meses de llegar al penal llega un comando profiriendo amenazas e insultos, nos hacen salir de las celdas con las manos en la espalda y bajo órdenes de no mirar ni hablar, ya que supuestamente habían descubierto un escondite de armas en el patio de nuestro pabellón. Nos sacan de nuestras celdas, nos ponen en la otra ala del pabellón, en celdas individuales y totalmente vacías, y allí permanecemos hasta que el operativo terminó. Ese día el pequeño patio que a veces nos servía de recreo y de contacto con los presos comunes quedó totalmente dado vuelta, con picos y palas los jóvenes soldados dieron vuelta la tierra. Nunca supe qué buscaban. Supuestamente buscaban armas, ya que alguien había hecho correr la noticia de que habría una fuga. ¿Eso podía servir de excusa para amedrentarnos más o aplicarnos la «ley de fuga»? Nunca supe realmente cuál fue el real móvil de todo este operativo.

Una noche llega, por sorpresa, un grupo de militares dispuesto a aterrorizarnos, atropellando todo a su paso, amenazándonos. Nos hacen salir de nuestras celdas con las manos atrás, nos empujan, nos

⁵ Testimonio de una ex-prisionera política a la CONADEP.

dan la orden de tirarnos al piso, boca abajo, nos cubren con frazadas para que no viéramos los rostros de los que estaban allí. Así permanecemos mientras revuelven todas nuestras pertenencias hasta no dejar nada en su lugar. Estamos en el suelo y nos pisotean, nos insultan, el ruido de la barbarie nos enmudece. Las tablas que nos servían de camas estaban dadas vuelta, los colchones destrozados. Luego de este episodio todo parecía desolador, nuestro espacio estaba de nuevo destruido y suspendido en el tiempo.

Estos operativos no duraban mucho pero para nosotras, que estábamos entre sus garras, nos parecía una eternidad. La yerba mate yacía en el piso desparramada, nuestra ropa interior expuesta en la vía pública... como así también nuestra intimidad. Llegaban para aterrorizarnos y para despojarnos de nuestra identidad.

Métodos de control: Uno de los métodos de control estaba establecido por las requisas, como lo que describí arriba. Se hacían por sorpresa y en un ambiente de amedrentamiento, de día o de noche, con el objetivo de aterrorizar cada vez más y de destruir el espacio que, a fuerza de imaginación, habíamos reorganizado después de la última requisita. Controlar y perturbar el ciclo del sueño traía aparejado el desequilibrio emocional que ya estaba bastante frágil con los allanamientos sorpresa, los traslados, las noticias de fusilamientos de compañeros de otras cárceles y la incertidumbre por no saber nada sobre nuestras vidas. ¿Viviremos?, ¿moriremos? Estas preguntas se entremezclaban en nuestras mentes ya cansadas de tanto soportar.

Cada uno de nuestros actos estaba sometido a la observación sistematizada de los propios servicios de inteligencia o de las guardias de turno. Para ello utilizaban el registro diario en cada relevo de guardia, en el que consignaban no solamente nuestro comportamiento sino también todo incidente que se pudiera producir como consecuencia del encierro. En este periodo hubo varias tentativas de suicidio y crisis nerviosas producto del encierro y la incertidumbre. No recibíamos más cartas de familiares, ninguna noticia del exterior que nos permitiera tener una idea de lo que iba a pasar con nuestras vidas. El aislamiento era absoluto y empezamos a caer en la desesperación. Como cualquier expresión de afecto entre nosotras era sancionada, debíamos soportar en la soledad nuestra incertidumbre. Así, se estaba cumpliendo al pie de la letra con el plan de exterminio que el Plan Cóndor había programado en el Cono Sur.

Las celdas: éstas eran pequeñísimas, se asemejaban a tumbas con el tapiado de las ventanas. A nuestra llegada habían sido tabicadas; no tenían inodoro, ni agua, lo que los obligaba a sacarnos una vez al día, ya sea a lavar los platos, o al baño a que arrojáramos nuestros excrementos. Solíamos llamar a las guardias para que nos sacaran al

baño, pero como éstas no iban terminábamos haciendo nuestras necesidades en el tarro de Nestlé, lo que dejaba un olor nauseabundo en las celdas; así estábamos expuestas a las inmundicias y a cualquier enfermedad, producto de las condiciones de higiene.

1.1.1.1. Dora y Poti

En Villa Gorriti, como la niña lloraba mucho, la puerta de la celda de Dora permanecía abierta «por orden del médico» para que la paseara por el pasillo.

Unos días después del golpe Marina Vilte les cantó una tonada muy tierna; la madre comprobó que no había celadoras a la vista, y enseguida se acercó a la celda de la cantora y por el ventanuco le dijo:

-Escribime eso.

-¿Qué querés que te escriba?

-Lo que estás cantando.

-¿Cómo querés que te lo escriba, si lo estoy inventando?

La canción había sido escuchada, en un asado, por la gremialista. Contaba la historia de un niño gestado en prisión; ella recordaba un poco la música e improvisaba la letra. Una estrofa fue memorable para Dora: "Tengo una esperanza/chiquita, chiquita/fruto del amor/de un día de visita."

Page 4 sur 5

<http://www.labournet.org.uk/spanish/1998/desaparecidos.html>

Poti permaneció encerrada con nosotras hasta sus casi diez meses, hasta el día del traslado a la cárcel de Villa Devoto. Cuando la sacaban al exterior de la cárcel lloraba mucho, ya que no estaba acostumbrada a ver gente normal. Cuando volvía al encierro se calmaba.

El «mobiliario» se componía de un taburete, unas tablas hacían el oficio de camastro, y un colchón maloliente cargado de historia de encierros inhumanos era nuestro lugar de reposo. Un jarro y un plato de aluminio y una cuchara torcida constituían nuestros enseres de mesa, y el tarro de Nestlé.

Las salidas autorizadas: Nos sacaban individualmente, y sólo una vez por día, para lavar nuestro tarro y tirar nuestros excrementos, y a veces tomar una ducha. También cuando querían interrogarnos y evaluar nuestro estado anímico, o cuando pedíamos una entrevista para saber cuál iba a ser nuestro destino. También nos sacaban a pedido de monseñor Medina, que era el encargado de informar a los militares del contenido de las entrevistas. Para soportar el encierro pedimos salir por turno a limpiar el pasillo del pabellón. Esto se

convirtió en un ritual cotidiano; el piso estaba gastado de tanto que lo fregábamos y uno se podía mirar en él de tanta limpieza.

Una alimentación insuficiente: Para eliminar cualquier resistencia de nuestra parte y destruirnos físicamente el debilitamiento de nuestro estado físico era una condición, con lo cual podían someternos a largas esperas en las que lo más importante era saber cómo hacer pasar las horas, hasta la llegada de las comidas, que eran insuficientes, pobres en proteínas y en cantidad. Quiero hacer resaltar en esta parte una experiencia que merece ser rescatada porque refleja bien la actitud no sólo de solidaridad sino de lucha por la vida. Dorita, por ser mamá, solía tener comida mejorada gracias a «Poti» Martina. Todos los días y por turno nos tocaba una porción de su zapallo, de su bife, o su vaso de leche, ya sea del de Poti o de ella. Consciente de que nuestro estado físico se debilitaba cada día más, y de que debíamos sobrevivir, ella compartía lo que era destinado a generar más leche, ya que ella amamantaba a su hijita. No sólo compartía su comida sino también algunos «privilegios». Por ser mamá, la puerta de su celda permanecía más tiempo abierta. Dorita aceptaba que la encerraran para que nosotras pudiéramos salir a pasear en brazos a Poti por el pasillo. Gracias a Poti y a Dorita pudimos ver el día más de lo habitual. Ellas ritualizaron nuestro espacio-tiempo dándonos la posibilidad de ver el cielo y tocar con las manos el sol en ese infierno.

La comida estaba compuesta así:

Desayuno: mate con leche aguado, poca azúcar, pan duro y viejo y en poca cantidad.

Almuerzo: básicamente constituido de papas, fideos y unos trozos de carne que nadaban en el jugo turbio de la sopa o del guiso. La sensación de hambre era constante y esperábamos con ansias la hora de la comida.

La merienda: otro mate aguado, con un simple trozo de pan.

La cena: sopas o guisos cada vez más pobres y en poca cantidad.

Cuando la noche llegaba nos las ingeniábamos para conversar a través de los muros con el lenguaje morse. O, yo, contándome a mí misma historias en las cuales nunca era la protagonista. Era el momento de hacer el balance del día, y me parecía que aquello no terminaría nunca. Las preguntas se agolpaban en mi mente inexorables: ¿por qué estoy viva?, ¿por qué estamos vivas?, ¿hasta cuándo estaré aquí? Qué larga que es la agonía...

1.1.1.2. ESTADO

24 DE MARZO DE 1976 DIA DEL GOLPE DE

El día del golpe militar nos despertamos con la marcha militar que los presos sociales nos hacían escuchar por la radio, a través de sus ventanas. Eran las cinco o las seis de la mañana. Enseguida entró el subalcaide de la Penitenciaría, Néstor Eusebio Singh, y dijo a viva voz: «Acá se acabó lo que se daba. Ahora van a saber lo que es bueno. Se acabaron los privilegios». Aquellas palabras dejaron expectantes a las mujeres. Reynaldo CASTRO 2004: p 72.

Poco tiempo después escuchamos ruidos de rejas. Por las rendijas vimos que traían compañeras. Entre ellas, llegan: Marina Vilte, de San Salvador, una comprometida sindicalista de los docentes. Mientras estuvo detenida, a determinadas horas cantaba coplas que se escuchaban en todo el pabellón. Sara Murad afirmó que esas estrofas «decidoras» fortalecían y llenaban la cárcel de alegría: "Más allá de estar detrás de la reja, seguíamos riéndonos». Reynaldo CASTRO 2004: p 75. También llegó Olga Demitrópulos de Ledesma, y alguna gente del gobierno de Isabel de Perón.

Algunos meses después llegarán Dominga Álvarez, Alicia Ranzoni, Juana Torres y Eulogia Cordero de Garnica. Estas compañeras llegan torturadas y enfermas, y ya habían pasado por las manos asesinas de Braga, Jaig y de otros testigos que hoy siguen impunes y aún no hablaron. Juana Torres nos cuenta que tenía a su hermano preso. Permanecen todo el tiempo aisladas, en celdas individuales, como nosotras. No logramos comunicarnos inmediatamente con ellas. No sé en que circunstancias nos cuentan que las torturan y que les habían dicho que estaban condenadas a muerte. En vano tratamos de alertar a familiares de que sus vidas estaban en peligro. La incomunicación era tal que no lo logramos. A nosotras nos apilan de a tres por celdas, ya que preparaban espacio para eventuales detenciones.

Estas compañeras eran sacadas sistemáticamente a lo que los torturadores llamaban «salir en comisión». Eran llevadas a los centros clandestinos de detención como «Guerrero» o al RIM 20? En realidad se trataba de interrogatorios bajo tortura, física y psíquica. Cada vez que las sacaban ellas salían en silencio, sin llanto, sin ninguna expresión de miedo. Asumieron totalmente su condición de luchadoras por la vida frente a las injusticias, y no demostraron ninguna fisura frente a sus asesinos. Cuando volvían de las «comisiones» tenían marcas evidentes de torturas, hematomas en todo el cuerpo debido a los golpes. Tampoco se quejaron.

Alicia Ranzoni tenía el tímpano destrozado: le habían aplicado lo que en la jerga militar llamaban «el teléfono»; se trataba de golpear con las palmas de las manos simultáneamente los dos oídos. A Juana Torres también se la veía débil cada día, lo mismo que a Dominga Álvarez.

Un día las van a buscar a las tres, las sacan fuera del penal. Ya no las sacaban vendadas. Ése era el signo de que las iban a hacer desaparecer. Ese último día las compañeras presentían que no volverían más. Nos habían dicho que se sentían amenazadas de muerte. Ese día casi no las escuchamos, y tampoco en el pabellón se escuchaba ruido alguno. No sé si fue por error o si había sido hecho a propósito, Juana Torres se encontraba en nuestra celda. Nos dice: Esta noche también nos vienen a buscar. Al ver su estado de su salud y el frío que hacía Gladis le dio su campera para que se proteja del frío. Supongo que presentía lo que iba a pasar, porque se saca su cadenita, nos la entrega y nos dice: Para que se la entreguen a mi hijita cuando sea grande. Pero ya no me acuerdo si Juana se la dio a Gladis o a mí; pero el día que llegamos a la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires, esa cadenita estaba en mi cuello y las celadoras me la sacaron durante la requisa. El día que me expulsaron del país la reclamé como una ilusa, pero me dijeron que había desaparecido y que no la tenían más. CHAVEZ M 2004: p 12.

Cuando las vienen a buscar el silencio era tan pesado que hasta los muros y las rejas se habían callado como último adiós. A pesar de no haberlas conocido por mucho tiempo me quedan presentes en la memoria aquellos momentos compartidos, sus sonrisas, y sus miradas firmes, y la convicción de que no murieron en vano. Presentíamos que en ese momento se estaba decidiendo también por nuestras vidas. Esa noche no pude dormir, pero al otro día debíamos seguir como si nada a pesar de la tristeza que se leía en nuestros rostros. No las volvimos a ver nunca más. A pesar de esto atinamos a preguntar por ellas. Todo tipo de conjeturas circulaba en el interior de la cárcel sobre sus desapariciones. Un día nos decían que las habían llevado para declarar en una causa en Salta, otras veces a Tucumán, otras veces que las habían encontrado muertas en un enfrentamiento.

Mientras tanto Marina Vilte, que fue Secretaria General del gremio docente (ADEP) y una de las fundadoras de CTERA (sindicato que nuclea a nivel nacional a los maestros), había sido liberada. Luego nos llega la noticia de que la habían secuestrado y que estaba desaparecida. Nadie podía imaginar que en el interior de esos muros se sometía, se humillaba, se aterrorizaba...

Estas compañeras hoy son parte de la larga lista de desaparecidas y del testimonio que hice llegar a Ginebra luego de mi liberación hacia el exilio en Francia.

1.2. El rol de la Iglesia y su complicidad con el Tercer Cuerpo de Ejército en los años de la dictadura

Merece particular atención mencionar el rol de la jerarquía católica argentina, que en Jujuy estaba representada por Monseñor Medina, obispo de Jujuy, y sus subordinados que se destacaron por estos hechos. Él estaba al tanto de las decisiones sobre la vida de los detenidos políticos y de los que luego desaparecerían. Con su actitud no solamente apoyó espiritualmente a los militares sino que apoyó igualmente la represión, la detención ilegal, las torturas y las desapariciones forzadas.

Medina tenía entrada libre al penal de Villa Gorriti. Iba con la clara intención de hacer los interrogatorios para hacernos confesar, e instarnos a la autodelación. Interrogó a las compañeras que habían sido torturadas y que luego desaparecerían. Con su accionar y desde su investidura defendió, en la cárcel, el plan expreso de los militares de aislarnos, someternos, enloquecernos o matarnos, física y psíquicamente. Bajo las órdenes de Benjamín Menéndez, que comandaba el Tercer Cuerpo de Ejército, ofrecía sus informes sobre la conducta de las presas y presos políticos. Un día fue a verme y me preguntó si tenía algo que confesar: Confesá, hija, si no tenés nada que reprocharte, confesá. Esta complicidad por parte de la Iglesia con el proyecto cívico-militar en Jujuy fue representado por su máximo responsable, Monseñor Medina, quien murió sin haber sido juzgado por estos actos.

1.2.1. Traslado al Penal de Villa Devoto

Una mañana me despierto sobresaltada, escucho ruidos de botas seguidos de golpes violentos contra las puertas: era un comando militar. Empecé a escuchar gritos de algunas compañeras, que llegaban de las primeras celda del pabellón; luego gritos hacia mi derecha. Me acuerdo que me levanté inmediatamente y me vestí, poniéndome varias ropas encima por si acaso. Y además porque lo peor era encontrarse desnuda frente a ellos. Sentíamos que se preparaba algo. Luego de lo que habíamos vivido con las compañeras desaparecidas temíamos por nuestras vidas, y pensé que era nuestro turno. Entran por sorpresa, violentamente, en las celdas, y nos dan la orden de que preparemos los bártulos. Éste fue el momento en que

más pensé en las tres compañeras que nunca más habían vuelto. Abren la puerta de mi celda, me atan las manos con unas sogas gruesas y ajustadas, como si aún hubiéramos podido hacer algo, con todo lo que habíamos vivido.

Inmediatamente nos hacen formar sin decirnos a dónde nos llevaban. Por un instinto de sobrevivencia pregunto a una de las celadores si ella estaba al tanto de lo que nos pasaría. Responde negativamente. Me doy vuelta y veo a Dorita aferrada a su beba Poti. Llorando le digo: ¿Si nos matan que va a pasar con Poti? Y Dorita ni un sonido. Veo que atina a hablar con alguien o que algo le dicen, no sé si se trataba de un milico o de una celadora. Me pareció que quería entregar a su nena para protegerla, antes de que nos trasladaran. Estábamos convencidas, al menos yo lo estaba, de que de ésta no salíamos vivas. Como siempre, habían desplegado un arsenal bélico desproporcionado para el operativo aterrizando no sólo a las presas sino también a la población. También habían vaciado el ala del pabellón de los presos sociales que daba de nuestro lado, y que a veces nos servían de nexo con los presos políticos. No querían testigos de lo que estaba pasando. La guardia con la cual teníamos un buen trato ese día no estaba. La habían cambiado por otra que respondía más a sus proyectos. Nos sacan y nos suben a los empujones en los camiones del ejército. Nos ponen de a dos por calabozo. Estábamos muy apretadas. Yo me encontraba con una compañera que estaba semi-descompuesta y empezó a vomitar. No controlaba absolutamente nada y defecó a mi lado.

Así salimos casi todas. Supimos que los compañeros también iban a ser trasladados y que iban en otro camión. Durante el trayecto intentamos comunicarnos con un soldado para que nos informara a dónde nos llevaban. No responde inmediatamente. Luego, aprovechando que sus jefes estaban alejados, nos dice: Van al aeropuerto. Uno de los militares nos escucha y nos grita: Se callan o van a terminar con una bala en la cabeza. Pero el miedo era más fuerte y no podíamos callarnos. No era ninguna seguridad pero me aferré a esa eventualidad. En el trayecto hacia el aeropuerto los furgones militares se paran, no sé por qué razón, y en mi cabeza desfilaban las imágenes de los compañeros en un descampado, corriendo y luego fusilados a mansalva.

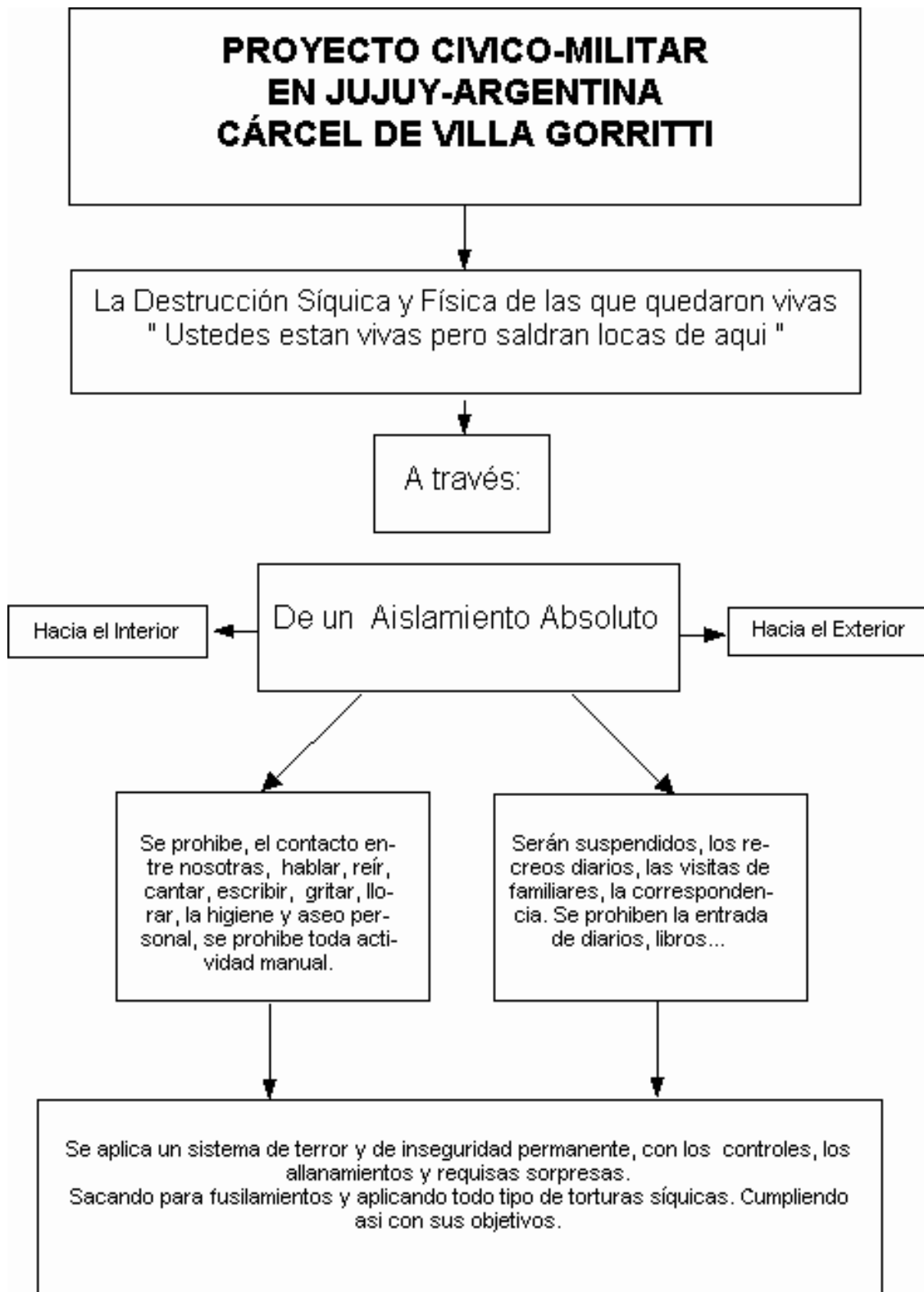
Llegamos al aeropuerto. Nos hacen bajar y nos suben al avión militar. Hasta ese momento no sabía que llegaríamos al Penal de Villa Devoto. Este régimen de máxima seguridad y sumamente militarizado sería interrumpido el día de nuestro segundo traslado a la Cárcel de Villa Devoto.

Ese día habían separado a los compañeros que iban a vivir de los que iban a desaparecer y en diciembre a los que iban a salir en libertad. El día del traslado a Buenos Aires en dos aviones llevan, el mismo día, a los varones a La Plata y a las mujeres a Devoto.

1.2.1.1. CONCLUSIÓN

Lo que se vivió en el penal de Villa Gorriti fue parte de un proyecto militar que tenía el objetivo de aniquilar a los presos políticos que habían quedado vivos y hacer desaparecer a otros. Después del golpe de Estado todos los poderes estaban bajo mando militar. En Jujuy el coronel Carlos Néstor Bulacios estaba a cargo de la titularidad del gobierno. Los torturadores y ejecutores son Jaig y Braga, y todos aquéllos que participaron en los tormentos con la finalidad de enloquecernos, someternos, y así destruirnos, ellos se encuentran tranquilos en algún lugar gozando de total impunidad sin haber sido juzgados y sin haber respondido por sus crímenes.

He testimoniado por escrito de estos hechos a mi llegada al exilio en Francia frente a organismos de defensa de los derechos humanos franceses e internacionales. Hoy sigo explicando en mi exilio lo que pasó durante ese periodo. He aquí una parte de este trabajo, para sembrar futuro.



El esquema establecido aquí nos muestra que se trató de un sistema político razonado y planificado

Bibliografía

CASTRO Reynaldo, Con vida los llevaron: Memorias de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy. Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2004.

ZIGARÁN María Inés, "Juicio por la verdad, Reconstrucción de la verdad histórica". Nadie olvida nada: Revista de memorias, Año I Número 1, San Salvador de Jujuy, junio de 2004, pp.23.

CHÁVEZ Martina, "Memorias de una ex presa política". Nadie olvida nada: Revista de memorias, Año I, Número 3, San Salvador de Jujuy, noviembre-diciembre de 2004 pp. 11-12.

PAREJO, Raphaël, Du grand soir revolutonnaire à l'exil, Parole et Mémoire de militants poliques argentins exilés. p 188, Mémoire de Diplôme des Hautes Etudes des Pratiques Sociales, Tome 2: annexes B et C, 1996, Université de Rennes 2- Collège Coopératif, Paris.

CHÁVEZ, Martina, Les racines du murier: Parcours d'une famille d'origine amériendienne de la région de El Ramal (Jujuy-Argentine). Memoria del Diploma de Estudios Superiores Especializados en Etnología y Etnometodología, 2002, Université Paris 7, Denis Diderot Departamento de Etnología.